VITAL AZA

CHIFLADURAS

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

TERCERA EDICION



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1925

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/chifladurasjugue00azav

CHIFLADURAS

Esta obra es propiedad de su autore, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction résérves pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CHIFLADURAS

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 27 de Noviembre de 1894.

TERCERA EDICION



Copyright by, Vital Aza

MADRID
GRAFICA-MADRID, DOÑA URRACA, 17
1925

REPARTO

Personajes	Actores
CAROLINA........................	Sra. Pino.
JUANA............................	Srta. Lasheras (R)
DON FRANCISCO................	Sr. Romea.
BERNARDO......................	Larra.

LA ACCION EN MADRID.—EPOCA ACTUAL

ACTO UNICO

Gabinete elegante. Puerta al foro y laterales. Ventana con persiana y tiestos en segundo término izquierda del actor. Chimenea al foro derecha con rejoj y candelabros y dos caballetes con retratos: uno de señora y otro de caballero. Al foro izquierda piano. A la derecha de este un musiquero con papeles de música. Encima del piano dos jarrones elegantes. A la derecha, entre las dos puertas, un «bureau» de forma elegante. Sobre el «bureau», y colgando de la pared, un espejo caprichoso. En el primer término izquierda un velador o mesita, y a su derecha una butaca. En primer término derecha un costurero, y a su lado una silla dorada de las llamadas de rinconera, o una butaquita. Tres sillas volantes: una junto al «bureau», otra a la derecha de la chimenea y otra al lado del velador. Entre la ventana y la puerta lateral izquierda un etágere con varias figuritas de porcelana, lo mismo que encima del piano y sobre el bureau. En el marco de la ventana y a altura conveniente una jaula con un canario. Sillas de tapicería, continajes, alfombra, etc.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA en traje de viaje y JUANA

CAR. — *(Mirando el saco de mano que tendrá abierto sobre el velador.)* Los polvos de arroz... el llavero... los peines... ¿Y las horquillas? ¿Dónde has puesto el paquete de horquillas? (1)

JUANA — Ahí debe estar, señorita.

CAR. — Aquí debía estar; pero no está. ¡Ah! Si... no

(1) Derecha del actor. Carolina, Juana.

lo había visto. Bueno. Me parece que no me falta nada.

JUANA Ño se le vaya a olvidar a usted el dinero.

CAR. No; descuida. Ya lo tengo en el bolsillo. Con que ya lo sabes: en cuanto yo salga para la estación te vas a casa de tu hermana, y el domingo por la tarde bajas a esperarme.

JUANA Está muy bien señorita (1).

CAR. No me parece regular dejarte sola en casa.

JUANA Como usted guste, señorita.

CAR. Si ves que el domingo no llego en el tren, no te alarmes. Será que mi tía no me deja venir. La pobre hace dos meses que no cesa de suplicarme que vaya al Escorial a pasar unos días a su lado.

JUANA Por mí puede estar la señorita en el Escorial todos los días que se le antojen.

CAR. Ya lo sé. ¡Pues no faltaba más sino que tú me lo prohibieras!

JUANA No digo eso, señorita.

CAR. (*Acercándose a la jaula del canario y haciéndole caricias.*) ¡Pobrecito mío! ¡Qué solo vas a estar estos días! ¡Monín!.. ¡Rico!... Mira, mujer, si parece que se pone triste porque me marcho. ¿Dónde están los bizcochos?

JUANA Ahí los tiene usted. (*En la parte baja del «etagere» donde habrá además una cajita que se supone con alpiste.*

CAR. Toma, hijo mío, toma un bizcochito. Todos todos son para ti.—Oye Juana! ¿le has dicho al portero que subiera a enterarse de lo que ha de hacer?

JUANA Sí, señorita; se lo dije esta mañana al subir los buñuelos.

CAR. Pues en qué piensa ese animal que no viene.

JUANA Iré a llamarle. (*Medio mutis.*)

CAR. ¡Deja! A ver si está en el patio. (*Asomándose a la ventana y separando la persiana con la mano.*) Sí; allí está tumbado al sol y durmiendo como un bendito. ¡Bernardo!... ¡Bernardoo!... ¡Que si quieres! Estaba por

---

(1) Juana, Caralina.

tirarle un tiesto.. ¡Bernardoo!... ¡Gracias a Dios! ¡Sí, hombre, sí!—Ya se lo ha dicho a usted la muchacha.—¿Eh?—¡Pues claro! — Ahora, sí señor, ahora! *(Retirándose de la ventana.)* ¡Portero más cachazudo no lo he visto en los días de mi vida! Ya te lo dije cuando nos mudamos: «el cuarto me gusta y el moviliario me lo ceden en buenas condiciones; pero el portero se me figura que ha de ser una calamidad.» No me he equivocado. ¡Qué diferente de Matías, el de la calle del Olivar! Este tiene una amabilidad que me ataca a los nervios. Todas las mañanas, cuando bajo la escalera, me sale al encuentro y me pregunta que cómo he pasado la noche, Figúrate tú... ¿qué le importa a él saber si yo paso las noches bien o mal? Y si fuera eso sólo... Pero como una le dé cuerda, ya tiene conversación para rato. No cesa de hablar de sus desdichas y de la soledad en que le dejó la difunta, como él la llama. No puedo, vamos, no puedo con ciertas gentes. (*Suena la campanilla.*) Llaman. Debe ser ese posma. Dile que pase. (*Vase Juana por el foro derecha.*) Por fortuna, honrado sí creo que lo es. Lo cierto es que en Madrid estamos completamente a merced de los porteros.

ESCENA II

CAROLINA, BERNARDO y JUANA

BERN. Santos y buenos días tenga usted. señorita.

CAR. (*Con sequedad.*) Felices.

BERN. ¿Cómo ha pasado usted la noche?

CAR. (*Con sorna.*) Bien, ¿y usted?

BERN. Yo, mal, señorita. Desde que me falta la difunta yo no se lo que es pasar una noche tranquila. Usted no ha conocido a mi Lorenza y por eso no puede comprender... (*Juana ayuda a Carolina a ponerse el abrigo y el sombrero.*)

CAR. Como si lo comprendiera. No se moleste

usted en explicármelo porque estoy muy de prisa (1).

BERN. Usted perdone, señorita; pero cuando un hombre vive treinta y siete años con una mujer y no tiene más cariño que el de esa mujer, y luego se lleva Dios a esa mujer... (*Lloriqueaudo,*)

CAR, ¡Pero, Bernardo!

BERN. Usted perdone, señorita, usted perdone.

CAR. Perdonado, hombre, perdonado.

BERN. Muchas gracias. (*Enjugándose las lágrimas.*)

CAR. (*A Juana.*) Vete a vuscar un coche de punto mujer. (*Vase Juana por el foro.*) Le he llamado a usted para decirle que me marcho ahora mismo. Voy a pasar unos días con mi tía en el Escorial.

BERN. ¡El Escorial!... (*Lloriqueando.*) ¡Qué recuerdos! ¡Dios mío!

CAR. ¿Qué? ¿Tambien le recuerda a usted algo triste el Escorial? (*En tono bufón.*)

BERN. Sí, señora. ¿No ve usted que mi difunta se llamaba Lorenza?

CAR. Bueno, bueno. Pues mire usted; como mi ausencia ha de durar unos cuatro o cinco días y la muchacha se irá a casa de su hermana, quiero que usted se encargue...

BERN. Descuide usted, señorita. La inquilina anterior, que como usted sabe, era una cómica del teatro, siempre que salía de casa nos dejaba las llaves. (*Transición.*) Por cierto que mi pobrecita mujer era la que... (*Gimoteando.)*

CAR. Hijo, se pone usted inaguantable (2).

BERN. Tiene usted razón. Ahogaré la pena.

CAR. Sí, hombre, ahóguela usted. Lo que deseo es que ventile usted el cuarto todas las mañanas y que cuide muchísimo de mi pájaro y de mis flores. No deje usted de regar los tiestos todos los días... y aquí tiene usted alpiste y bizcochos para el canario.

BERN. Está pefectamente

(1) Juana, Carolina, Bernardo.

(2) Bernardo, Carolina.

CAR. Si viniera alguna visita le dice usted lo que pasa.

BERN. ¿Y qué es lo que pasa?

CAR Pues, hombre, que me he ido con mi tía al Escorial. (¡Jesús qué calamidad!) (1)

BERN. Está muy bien, señorita. Estos son los bizcochos, verdad? *(Cogiendo el papel con los bizcochos.)*

CAR. Naturalmente. *(Arreglándose al espejo,)* No le ponga usted nunca más que medio, porque podría pillar una indigestión el pobrecito.

BERN. Así lo haré. Vaya usted confiada. (*Se queda al lado de la ventana y de espaldas a la escena.*)

JUANA (*Por el foro.*) Abajo tiene usted el coche, señorita.

CAR. Pues andando.

JUANA Bajaré con usted.

CAR. No, deja. Dame el saquito. ¿Dónde he puesto el llavero? ¡Ah! Aquí está. (*En el bolsillo.*) ¡Adios, retemonísimo! (*Desde cerca de la puerta del foro y dirigiéndose al canario.)*

BERN. (*Volviéndose y con risa cómica.*) ¡Que gana de broma tiene usted, señorita!

CAR. ¡Yo!

BERN. ¡Mire usted que llamarme retemonísimo!...

CAR. No sea usted majadero. Me dirigía al canario.

FRAN; ¡Ah! *(Mirando a la jaula.)* Usted dispense.

CAR. Con que hasta la vuelta.

JUANA Adiós, señorita; hasta el domingo. (*En la puerta del foro.*)

BERN. Vaya usted con Dios, señorita Carolina; muchas memorias a su señora tía.

CAR. ¡Cómo! (*Desde la misma puerta del foro.*) ¿Usted conoce a mi tía?

BERN. No, señora; pero los porteros tenemos que estar bien educados. Es una de las cosas en que más se fijaba la pobre difunta.

CAR. ¡Vaya; abur! (¡Es insufrible!) (*Vase por el foro derecha.*)

JUANA Que lleve usted feliz viaje, señorita.

---

(1) Carolina, Bernardo.

BERN.	Que no tenga usted novedad. (*Desde el foro.*) Sí, señora; sí. Ya sé que la llave queda colgada. Usted lo pase bien. (*Bajando desde el foro.*)

ESCENA III

BERNARDO y JUANA

BERN.	Es muy buena esta señorita.
JUANA	Si que lo es (1)
BERN.	Y muy decente.
JUANA	¡Ya lo creo!
BERN.	No se parece a la otra. (*Comienza a hacer reposadamente un cigarro de papel.*)
JUANA	¿A cual?
BERN.	A la que ocupaba este cuarto, a la cómica, a doña Tula. La Tulita como la llamaban los papeles. Aquella era el mismo demonio.
JUANA	¿Sí, eh?
BERN.	Cantar, cantaba que era una bendición de Dios; pero siempre andaba en líos con la justicia. Como que tuvo que deshacerse de todos estos muebles antes de que se los llevase la curia.
JUANA	¿Y quién era la Curia? ¿Otra cómica?
BERN.	(*Al soltársele la risa sopla sin querer el tabaco que tiene en la palma de la mano izqnierda.*) No, mujer; el juez y los escribanos.
JUANA	¡Ah, ya!
BERN.	Pero, por lo demás, la señorita Tula era muy buena; sí, señor; y muy generosa. Nunca le hacíamos un recado sin que nos diera una buena propina... Como la pobrecita vivía aquí sola... es decir casi nunca estaba sola... (*Maliciosamente.*)
JUANA	¿No, eh? (*Con curiosidad.*)
BERN.	¡Quiá! En los ocho o diez años que ocupó este cuarto le conocí lo menos treinta novios.
JUANA	Eche usted, hijo.
BERN.	Lo que es para eso era atroz. ¡Y cómo los engañaba! Tubo uno, —de los primeros,—

(1) Bernardo, Juana.

un tal don Paco, que se marchó a Filipinas. ¡Los miles de reales que le sacó a aquel buen señor! Como que todavía desde allá le mandaba dinero en casi todos los correos.

JUANA A mi señorita también le mandan dinero de Filipinas.

BERN. ¿Sí, eh?

JUANA Pero es un tío suyo. No vaya usted a creer otra cosa.

BERN. Basta que usted lo diga; pero a veces se lleva uno cada chasco... ¿Conoce usted a la inquilina del principal de la derecha?

JUANA ¿Cual? ¿Esa señora gorda que tiene el pelo tan rubio?

BERN. No es rubio, es que se lo pinta para que no se le vean las canas. Me lo ha dicho la cocinera. Pues bien; la tal señora decía que era viuda de un magistrado y estaba viviendo con un sobrino, y el otro día llegó el marido, que no es el tal magistrado, y el sobrinito tuvo que escapar por la ventana de la cocina, porque no era tal sobrino ni Cristo que lo valga.

JUANA Pues, hijo, diga usted que en esa señora todo es mentira.

BERN. Todo; hasta el pelo. Si hay cada viuda en este Madrid...

JUANA Si que habrá. (1)

BERN. La señorita Carolina es viuda, según parece.

JUANA ¡Toma! Lo parece porque lo es.

BERN. Bien; pero ¿es viuda de verdad?

JUANA ¡Oiga usted!...

BERN. Lo digo porque como ayer vino una señora preguntando si vivía aquí doña Carolina Aguirre, viuda de Pega.

JUANA Naturalmente. Viuda de Pega; de don José Pega.

BERN. ¡Ah, ya!

JUANA Este que está aquí. (*Señalando el retrato que habrá sobre la repisa de la chimenea.*) ¡Pobre señorito!

BERN. Usted dispense; pero está uno tan escama-

(1) Juana, Bernardo.

do... ¿Con que este era el marido de la señorita?

JUANA El mismo. Y que está muy bien.

BERN. ¿Hace mucho tiempo que se murió.

JUANA Pues hace tres años.

BERN. ¿Sería joven?

JUANA Una edad regular.

BERN. ¿Estuvieron poco tiempo casados?

JUANA Año y medio.

BERN. ¿Se conocieron en Madrid?

JUANA No; en Guadalajara. (*Impacientándose con tanta pregunta.*)

BERN. ¿No tuvieron familia?

JUANA No, señor.

BERN. ¿Y él qué era?

JUANA Abogado.

BERN. ¿Y de qué murió?

JUANA ¡De repente! ¡El demonio del hombre! ¡Pues no está usted poco preguntón!

BERN. No le choque a usted. Los porteros necesitamos saber la vida y milagros... Mi pobrecita Lorenza, que esté en gloria, sabía hasta las piezas de ropa interior que tenían todos los inquilinos de la casa.

JUANA Bueno; pues por hoy ya hemos hablado bastante. Voy a ponerme el mantón para salir. Ya sabe usted que me voy a casa de mi hermana.

BERN. Sí; ya me lo ha dicho la señorita.

JUANA Hasta luego. (*Vase por la primera derecha.*)

BERN. Vaya usted tranquila, que se han de encontrar la casa lo mismo que una patena. (*Se dirige a la ventana.*) ¡Hola, avechucho!... (*Al canario.*) No te asustes, hombre. Toma, toma medio bizcocho. (*Se come la otra mitad.*) Y que son muy ricos. (*Come otro.*) Y mny tiernos... Ya lo creo. Están como la espuma. (*Se come otro y como si estuviera hablando con el canario.*) ¿Verdad que están como la espuma? Despues de todo, más vale que se me indigesten a mí que al canario.

VOZ (*Arriba.*) ¡Portero!.. ¡Portero!

BERN. (*Eu la ventana y hablando hacia arriba.*) ¿Qué se ofrece?

VOZ Haga usted el favor de subir.

BERN. Allá voy. ¿Qué hueso se le habrá roto a la bruja del sotabanco? *(A Juana, que sale de primera derecha con el mantón al brazo.)* Voy a la buardilla. Si sale usted, puede cecerrar la puerta que yo me llevo la llave.

JUANA Vaya usted con dios. *(Vase Bernardo por foro.)* ¡Cinco días libres! ¡Apenas me voy a divertir! ¡Ojalá que a la tía se le ocurra detener a mi señorita hasta fin de la otra semana! ¡Con qué gusto coge una estos días de descanso! *(Mirándose al espejo y poniéndose el mantún.)*

ESCENA IV

JUANA y DON FRANCISCO en traje de viaje característico. Trae una maleta y una manta de viaje con diferentes bastones.

FRAN. *(Música de «Marina.»)*

Costas... las de mis pleitos;
plaza de Lavapiés, *(En el foro.)*
¡dichosos los ojos
que os vuelven a ver!

JUANA (¿Quién será este tipo?)

FRAN. ¡Al fin vuelvo a ver a mi adorada Tulita! *(Deja la malete y la manta junto al piano.)* Pero ¿dónde está que no sale a recibirme? *(Al volverse se encuentra con Juana.)*

JUANA Caballero... (1)

FRAN. ¿Qué hay?

JUANA ¿A quién busca usted?

FRAN. ¿A quién he de buscar? A tu señorita... porque me figuro que tú serás la criada.

JUANA Servidora de usted,

FRAN. ¿Dónde está esa ingrata? Voy a sorprenderla. Estará en la cama todavía. *(Se dirije a la segunda derecha.)*

JUANA Oiga usted, señorito. *(Deteniéndole.)*

FRAN. Si soy de confanza.

JUANA No digo que no; pero la señorita no está en casa.

---

(1) Juana, don Francisco.

FRAN. ¿Ha salido?

JUANA Sí, señor.

FRAN. Lo siento. ¿Y qué tal, como está?

JUANA Muy buena.

FRAN. ¿Tan guapa como siempre, eh?

JUANA Sí, señor, muy guapa.

FRAN. ¿Y de voz? ¿Cómo está de voz?

JUANA ¿De voz?.. Pues muy bien. (¡Vaya una pregunta!)

FRAN. ¿Tendrá muchas ovaciones?

JUANA ¡Ah! Si, señor, muchísimas. (No sé lo que son, pero debe tener eso.)

FRAN. ¡Qué sorpresa la suya cuando sepa que estoy aquí! No quise avisarle mi salida de Filipinas.

JUANA ¿De Filipinas? Pero ¿viene usted de Filipinas?..

FRAN. Sí, hija, sí. Anteayer desembarqué en Barcelona; y aquí estoy ya deseando darle un abrazo.

JUANA Ya sé quién es usted.

FRAN. ¿Sí, eh?

JUANA Usted es el tío.

FRAN. ¿Cómo?..

JUANA El tío que le mandaba tanto dinero desde allá...

FRAN. Justo; yo soy ese... ese tío.

JUANA ¡Cuánto va a sentir la señorita no estar aquí! ¡Ella que le quiere a usted tanto!

FRAN. ¿De veras, eh?

JUANA ¡Muchísimo!

FRAN. ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los abanicos japoneses?

JUANA ¿A mí? Sí, señor.

FRAN. Pues aguarda. *(Se dirige a la maleta tarareando; la abre y saca un abanico japonés.)* Toma uno; te lo regalo. Es legítimo; del propio Japón.

JUANA Muchísimas gracias. ¡Es precioso!

FRAN. ¿Con que, por lo visto, no me ha olvidado en la ausencia?

JUANA ¡Qué le había de olvidar! El año pasado, cuando decían los papeles que había por allá tanta fiebre encarnada...

FRAN. Amarilla. Has confundido los colores.

JUANA — Es verdad, amarilla. Pues bien, la señorita, para que usted no tuviera novedad, ofrecío una misa a San Roque.

FRAN. — ¿A San Roque? ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los pañolitos de bolsillo?

JUANA — ¿No me han de gustar?

FRAN. — Pues toma uno. (*Lo saca de la maleta y se lo da.*)

JUANA — ¡Ay, que elegante!

FRAN. — Es de Ilo.

JUANA — Pues parece de seda.

FRAN. — Digo que es de Ilo Ilo, un pueblo Filipinas.

JUANA — ¡Las veces que lo pobre señorita se ha acordado de usted! Y es lo que ella dice...

FRAN. — ¿Qué dice, qué dice?

JUANA — Que, después de su padre, a quien ella debe algo en el mundo es a usted.

FRAN. — ¿De veras, eh? ¡Pobrecita de mi corazón! ¿Te gustan los mantones de Manila?

JUANA — Ya lo creo. ¡Muchísimo!

FRAN. — Pues eu Filipinas los hay preciosos. (*Sentándose en la butaca de la izquierda.*) De esos no he traido ninguno porque pagan muchos derechos.

JUANA — (Y yo que creía.,.)

FRAN. — Oye, ¿tardará mucho en venir la señorita?

JUANA — Cuatro o cinco días.

FRAN. — ¡Cuatro o cinco días! Pero ¿no está en Madrid?

JUANA — No, señor; se ha marchado hace un momento.

FRAN. — ¿A dónde?

JUANA — Al Escorial.

FRAN. — ¿Y a qué ha ido al Escorial? ¿A cantar?

JUANA — ¿Cómo a cantar? No, señor; ha ido a ver a a su tía.

FRAN. — ¿A su tía? (¡Ah ya! Será la característica, aquella vieja tan gruñona que le sirvió de tía algunas temporadas.) ¿Y en que tren se ha marchado?

JUANA — Ella salió de aquí hace un cuarto de hora. Puede que no se haya marchado todavía.

FRAN. — ¡Qué maldita cuincidencia!

JUANA — ¿Quiere usted que haga una cosa?

FRAN. — ¿Qué?

JUANA Que vaya a buscarla a la estación. Acaso llegue a tiempo.

FRAN. Muy bíen pensado. Vete a escape. (*Se levanta.*)

JUANA Si a usted le parece tomaré un coche.

FRAN. Eso es: toma un coche o dos coches, los que necesites, pero, anda, vete volando.. ¿qué esperas?

JUANA Señorito: esperaba el dinero.

FRAN. Es verdad: si no sé como tengo la cabeza. La emoción y la... Toma un duro. (*Se lo da.*)

JUANA En seguida doy la vuelta.

FRAN. La vuelta puedes guardártela. Te la regalo.

JUANA Digo que enseguida doy la vuelta desde la estación.

FRAN. ¡Ah! ¡Ya!

JUANA (*Poniéndose el pañuelo*) (Con un huésped así no han de faltar propinas.) Hasta luego, señorito.

FRAN. Vete con Diss y dile que aquí la espero con los brazos abiertos.

JUANA Se va a usted a cansar en esa postura. Es mejor que la espere usted sentado.

FRAN. Anda, anda; y déjate de hacer chistecitos.

JUANA Voy, voy. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA V

DON FRANCISCO

Todas las criadas de la gente de teatros son lo mismo: unas bachilleras inaguantables. Al fin estoy en Madrid. En esta casa que tiene para mí tantos recuerdos amorosos. Aquel espejo es el que yo le regalé el día de mi santo. Allí están los jarrones que le compré la noche de su beneficio. Ese es el reloj que tuve que sacar del Monte de Piedad. En esta butaca (*La de la izquierda.*) le dí mil pesetas el día antes de marcharme a Filipinas. No hay mueble ni objeto en esta casa que no conserve para mí algún recuerdo agradable. ¡Y parece que no han pasado seis años! Todo está lo mismo... es decir, casi lo mismo. Echo de'menos algunos

muebles... Y la colocación de otros no es la misma que tenían en mis tiempos. El *bureau* estaba allí, junto a la ventana... y esta butaca, la mía (*La coge y la coloca a la izquierda de la chimenea.*) al lado de la chimena ¡Las siestas que yo he echado aquí al amor de la lumbre mientras ella volvía del ensayo! Dos retratos... (*Viendo los que están en la repisa de la chimenea.*) ¿De quién serán? (*Coge uno y lee la dedicatoria.*) «A mi queridísima esposa».—¡Caracoles!—«De su Pepe» —¿Quién será este Pepe? A ver este otro. ¡De mujer! ¡Y muy bonita! (*Leyendo la dedicatoria.*) «A mi queridísimo Pepe. De su esposa.» ¡Ah! ¡Vamos!... Este es algún matrimonio amigo de Tula. Artistas, indudablemente. El tiene cara de tenor cómico. ¡Y yo que había creído!... ¡Quiá! Tula me es fiel .Ya me lo ha asegurado la muchacha Podrá engañar a otros; pero lo que es a mí... Me parece que la mujer que ofrece una misa a San Roque para que no me dé la fiebre amarilla, es que está enamorada de veras. Abren la puerta. (*Se levanta y va a la puerta del foro.*) Ella, sin duda. Me haré el dormido como cuando volvía del ensayo. (*Se sienta en la butaca de espaldas a la puerta.*) Siempre me despertaba con un pellizco. (*Finge que duerme.*)

ESCENA VI

DON FRANCISCO y BERNARDO por el foro con una escoba.

BERN. — (*Dentro.*) Sí, señora, sí; basta que yo lo diga.

FRAN. — Habla con el portero. ¡Es la voz de Bernardo! ¡El simpático Bernardo!

BERN. — (*Dentro.*) (¡El demonio de la bruja! ¡Pues no se empeña en que se le ha de poner baldosín nuevo en toda la cocina! (*En el foro.*) ¡Sí, pues que espere!) (*Barriendo junto a la puerta del foro.*)

FRAN. — (¡Es ella! Ya siento el crugido de su falda.)

BERN. — (*Entra en escena.*) (¡Una manta... y una maleta... (*Ronquido de don Francisco.*) y un

caballero en la butaca! ¿Quien será? *(Don Francisco ronca suavemente.)* Parece que duerme.) *(Acercándose de puntillas.)*

FRAN. (Siento sus pasos... Ahora me va a dar el pellizco.)

BERN. (Pues si que está dormido.) *(Acercándose mucho.)*

FRAN. (Ya percibo su aliento.)

BERN. (¿Quién será este señor? No le veo bien la cara.) *(Empinándose por encima de la butaca.)*

FRAN. (Yo no puedo más.) *(Levantándose de pronto y abrazando a Bernardo, que retrocede asustado.)* ¡Tula de mi alma!...

BERN. ¡Caballero! (1)

FRAN. Pero ¡cómo!... ¡No era Tula! ¡Eres tú!

BERN. Sí, señor; yo.

FRAN. ¡Mi querido Bernardo! *(Queriendo abrazarle.)*

BERN. Caballero... yo... no...

FRAN. ¿No me conoces ya?

BERN. No, señor; no caigo...

FRAN. ¿Tanto he cambiado en los seis años que pasé en Filipinas?

BERN. ¡Ah! Sí... ya recuerdo... ¿Es usted don Paco? *(Muy cariñoso.)*

FRAN. El mismo.

BERN. ¿Cómo había yo de pensar?...

FRAN. ¿Y tu mujer? ¿Cómo está la Lorenza?

BERN. ¡Ay, don Paco! No me la recuerde usted.

FRAN. ¿Qué? ¿Os habéis separado? Has hecho bien. Tenía un carácter insufrible.

BERN. *(Llorando.)* Se murió la pobrecita.

FRAN. ¡Que se murió!...

BERN. Sí, señor; hace siete meses.

FRAN. ¡Qué lástima! ¡Tan buena como era!

BERN. Muy buena; sí, señor.

FRAN. El genio un poquito fuerte; pero... se le pasaba en seguida.

BERN. No lo crea usted; no se le pasaba nunca; pero en treinta y siete años de matrimonio ya me había acostumbrado a oirla reñir. El día que no me llamaba animal diez o doce veces, parecía que me faltaba algo.

---

(1) Don Francisco, Bernardo.

FRAN. Lo comprendo. Pero, ¡qué demonio! La cosa ya no tiene remedio.

BERN. Dice usted bien.

FRAN. Dejemos en paz a los muertos y hablemos de los vivos.

BERN. Hablemos, sí, señor. Ya habrá usted sabido lo de doña Tula.

FRAN. Sí; ya sé que se ha marchado hace un momento al Escorial.

BERN. ¿Cómo al Escorial?

FRAN. Me lo acaba de decir la muchacha.

BERN. ¡Ay don Paco de mi alma!

FRAN. ¿Qué?

BERN. Que está usted confundido.

FRAN. ¡Cómo!

BERN. Que, por lo visto, no sabe usted una palabra.

FRAN. Pues ¿qué sucede?

BERN. ¿Usted ha venido a esta casa buscando a doña Tula?

FRAN. Es natural.

BERN. Pues no es natural, porque doña Tula ya no vive aquí.

FRAN. ¡Eh! ¡Cómo!...

BERN. La dueña de este cuarto es otra.

FRAN. Pero estos muebles...

BERN. Son de esta otra que se los compró a doña Tula.

FRAN. Pero, ¿dónde está Tula?

BERN. Vaya usted a saber...

FRAN. ¡Bernardo... tú lo sabes! ¡Aquí pasa algo, y yo necesito que me lo digas todo, completamente todo!

BERN. ¡Calma, tenga usted calma!

FRAN. ¡Habla pronto, o no respondo de hacer una barbaridad! Ya se me han puesto todos los nervios de punta, y cuando los nervios se me ponen así, yo no sé cómo me pongo.

BERN. Pues bien; ya que usted lo ignora, yo debo decírselo.

FRAN. ¡Todo! ¡No me ocultes nada!

BERN. Pues oiga usted.

FRAN. Espera; deja que me reponga de la impresión que acabo de recibir. (*Breve pausa, en la que suspira, se limpia el sudor, se frota las manos, estira repetidas veces los brazos y los cruza luego sobre el pecho, aparentan-*

do absoluta indiferencia.) Ya me he repuesto.

BERN. (¡Ay, este señor no está bueno!) *(Indicando que está tocado de la cabeza.)*

FRAN. Puedes empezar.

BERN. Usted ya sabe lo liosa que era doña Tula.

FRAN. Hombre; comprende que si yo lo supiera, no me pasaría lo que me pasa.

BERN. Pues era muy liosa, sí, señor. Hace mes y medio tuvo que vender deprisa y corriendo, todos estos muebles antes de que la justicia se echara sobre ellos. ¡Si no había dinero bastante para él!

FRAN. Dirás para ella.

BERN. No, señor, para él; para el novio que tenía últimamente: un jugador de oficio.

FRAN. ¿Un jugador?

BERN. El que tuvo la cuestión con el capitán.

FRAN. ¿Qué capitán?

BERN. El que sustituyó al banderillero.

FRAN; ¿También un banderillero?

BERN. ¡Anda, anda! Pues si desde que usted se marchó ha pasado por aquí toda clase de gente.

FRAN. De todo eso lo que se desprende es una cosa: que Tula me ha estado engañando.

BERN. Sí, señor; eso es lo que se desprende.

FRAN. ¡Y yo me he pasado seis años creyendo en su fidelidad y mandándole dinero! *(Paseándose agitado por la escena.)* Y cuando ahora llego a España, decidido a hacerla mi esposa, me encuentro con que ella... *(De pronto.)* Adiós, Bernardo. (1). No debo permanecer aquí ni un momento más. *(Coge la maleta y la manta.)* Hoy mismo me marcho de Madrid. No quiero encontrarme con esa mujer. Puede ir con el jugador, y tú ya conoces mi carácter. Soy capaz de comprometerme.

BERN. No se comprometa usted. Eso es lo principal.

FRAN. Adios, Bernardo. *(Medio mutis.)* ¡Pero, no!... *(Deja la maleta y la manta.)* No quiero abandonar tan pronto esta casa, que tiene para mí tantísimos recuerdos.

(1) Bernardo, don Francisco.

BERN. ¡Pero, don Paco!

FRAN. Sí, sé lo que vas a decirme: que lo olvide todo... Pero no puedo. Cuando un hombre ha querido de veras a una mujer...

BERN. Eso me pasa a mí. No puedo olvidar a mi difunta.

FRAN. No te qujes. Tú estás mejor que yo. Lorenza ya no puede ser de nadie y Tula es de todo el mundo... ¡hasta de un banderillero! Allí mismo, sentados los dos junto a la chimenea, me juró cien veces que no querría a nadie más que a mí. Aun parece que la veo jugando con las guías de mi bigote y echándome aquellas miradas que me volvían loco. Déjame, déjame permanecer aquí, gozando con el recuerdo de aquellos días tan felices. (1) *(Se sienta en la silla rinconera o butaquita de la derecha.)*

BERN. Pero, don Paco, comprenda usted que...

FRAN. Es una *chijladura*, ya lo sé; pero ¿qué quieres? Los que venimos de Filipinas tenemos estas *chifladuras;* no podemos remediarlo.

BERN. Si el caso es que yo he quedado al frente del cuarto, y ya ve usted que es un compromiso...

FRAN. Ya sabes que yo soy de los que pagan bien los favores.

BERN. Ya lo sé, si, señor, pero la inquilina, aunque dijo que iba al Escorial por cuatro o cinco dias, puede venir a lo mejor y...

FRAN. Toma diez duros. *(Que ha sacado de la cartera.)*

BERN. (¡Diez duros!) Muchisimas gracias. Yo creo que no vendrá nadie, sabe usted? Pero, por si acaso, yo estaré con cuidado en la portería.

FRAN. Unas horas nada más. Desde aquí me voy a la estación. Iré a llorar mis desengaños en Calahorra.

BERN. ¿Dónde?

FRAN. En Calahorra. Yo no sé si sabes que soy calagurritano.

BERN. No, señor; no sabía que fuese usted eso. Creía que era usted empleado del gobierno.

---

(1) Don Francisco y Bernardo.

FRAN. (¡Qué ignorancia tan encantadora!)

BERN. Con su permiso voy a la portería. (*Medio mutis.*)

FRAN. Oye, Bernardo...

BERN. Mándeme usted.

FRAN. ¿Existe aún el café que había en la esquina?

BERN. Sí, señor.

FRAN. ¿Tú no habrás comido todavía?

BERN. Todavía no.

FRAN. Pues ve al café y sube dos cubiertos. Comeremos juntos. Quiero que me enteres de todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia.

BERN. Con mucho gusto; sí, señor. Voy corriendo al café. (¡Cómo me voy a poner el cuerpo de riñones salteados!) (*Vase por el foro.*)

ESCENA VII

DON FRANCISCO

Soy un animal... esto es indiscutible. Sólo una cosa me disculpa: que estaba enamorado; mejor dicho, que lo estoy... ¡lo estoy todavía! Si en este momento apareciese por esa puerta la hermosísima Tula y se echara en mis brazos y me pidiese perdón—y aunque no me lo pidiese—, sólo con que se echara en mis brazos, me olvidaba yo del jugador y del capitán y hasta del banderillero. Pero no, no vendrá. (*Levantándose.*) La que puede venir es la muchacha que estaba aquí antes. Dijo que volvería en seguida. Pero ¡quiá! Esa lo que ha hecho es burlarse de mí y guardarse las cinco pesetas que le dí para el coche. ¡Y para esto he venido yo de Filipinas! Parece que fué ayer cuando en esta silla... (*En la que ha estado sentado.*) Pero esta silla estaba entonces aquí, en este lado. (*La coloca al lado del velador, en el sitio en que estaba antes la butaca.*) Y el costurero allí, junto a la mecedora... Falta la mecedora. (*Deja el costurero al lado de la ventana.*) Estará en el tocador. Quiero disponer esta habitación como en aquellos tiempos felices. Y yo me pondré también en situación. En cuanto entraba aquí me que-

daba en mangas de camisa. (*Se quita la americana y la deja sobre la butaca que está al lado de la chimenea. Entra en la primera derecha y sale en seguida.)* No... la mecedora no está aquí. (*Se dirige a la segunda derecha y de pronto se detiene.*) ¡Acaso esté en la alcoba! No... no quiero ver la alcoba. Puede que la hayan colocado en el comedor. *(Se dirige a la primera izquierda.*) ¡El comedor! ¡Dios mío! ¡Qué cenas aquellas! ¡Cómo le gustaba el jamón en dulce! ¡Y el pavo trufado! Sobre todo el pavo. ¡No! Sobre todo el jamón. Sobre todo, ¡todo!, ¡qué apetito tenía aquella criatura! Voy por la mecedora. (*Vase puerta primera izquierda. Pausa breve.)*

ESCENA VIII

CAROLINA

(*Dentro.*) ¡Bernardo!... ¡Bernardo!... ¡Bonita manera de vigilar el cuarto! ¡La puerta de par en par! (*Entra en escena y se dirige al espejo a quitarse el sombrero y el abrigo.*) ¡Dichosos ferrocarriles! Cada ocho días cambian la salida de los trenes. El del Escorial, que yo creí que salía a las diez, resulta que ha salido a las siete de la mañana. Tendré que esperar al de la tarde. Mandaré llamar a la muchacha. (*Se dirige al foro.*) ¡Bernardo!... (*Volviendo y viendo la nueva colocación de muebles y la maleta y la manta de don Francisco.*) ¿De quién es este equipaje? Pero ¿qué desorden de muebles es este? ¡Un sombrero! (*El de don Francisco.*) ¡Y una americana! Pero ¿de quién son estas prendas? Siento ruido... ¡ay, Dios mío! ¿Será el portero? (*Se dirige a la primera izquierda en el momento en que aparece don Francisco.*)

ESCENA IX

CAROLINA y DON FRANCISCO, que sale por la primera izquierda con una mecedora.

FRAN. (Estaba en el comedor.)

CAR. ¡Jesús! ¡Un hombre aquí! (1) (*Retrocede asustada hasta la derecha de la escena. Al huír, deja caer un guante en el sitio que ocupaba antes el costurero.*)

FRAN. (¡Huy! ¡La inquilina! ¡La esposa de Pepe!)

CAR. (¿Quién es este hombre?)

FRAN. Se... señora.

CAR. ¡No... no, por Dios!... No se acerque usted.

FRAN. (¡Qué compromiso!) Señora... yo...

CAR. ¡Ladro!... (*Aterrada.*)

FRAN. No... no ladre... digo... no grite usted. Yo soy... gente de paz.

CAR. Que no se acerque usted o llamo.

FRAN. Pero, señora, si yo no me he movido.

CAR. ¿Quién es usted? ¿Qué desea usted? ¿A quién busca usted?

FRAN. Calma, señora, calma. No soy lo que usted se figura. Yo soy una persona decente, muy decente. (*Deja la mecedora delante del velador.*)

CAR. (Pero ese portero...) ¡Bernardo!...

FRAN. No se moleste usted en llamarle. Le mandé yo a un recado, pero vendrá en seguida. El le dirá a usted quién soy yo.

CAR. Pero, ¿qué significa?... ¿Con qué derecho?...

FRAN. Tiene usted razón, señora. Comprendo la sorpresa de usted. Yo también me he sorprendido mucho. No esperaba tener el gusto de verla a usted por aquí.

CAR. Pero...

FRAN. Tranquilícese usted. Vuelvo a repetirle que yo soy una persona decente, muy decente

CAR. (Sí; la verdad es que no parece lo contrario. Acaso alguna equivocación.)

FRAN. (Ya se ha tranquilizado.) (*Reparando en que está en mangas de camisa.*) ¡Ay! Señora... usted perdone... (*Al dirigirse a la butaca para coger la americana y el sombrero, Carolina da un grito y baja al proscenio*

---

(1) Carolina, Don Francisco.

derecha.) Ahora comprendo su extrañeza. Me había puesto así para dar más color local. (*Se pone la americana.*)

CAR. ¡Ah! ¡Ya! ¿Es usted pintor?

FRAN. No, señora. Yo aquí ya no pinto nada. ¿Ve usted? Ya parezco otro. (*Con el sombrero en la mano.*)

CAR. Pues a mí sigue usted pareciéndome el mismo.

FRAN. Es natural. Usted no me conoce, y yo no puedo marcharme de aquí dejándola a usted en una duda mortificante para mi dignidad.

CAR. No, si yo no...

FRAN. Usted necesita saber por qué estoy aquí. Procuraré justificarme.

CAR. (¡Qué tipo tan extraño!)

FRAN. Pero, siéntese usted, no se moleste por culpa mía.

CAR. Gracias, no.

FRAN. Se lo ruego a usted, señora. Lo que tengo que decir es algo largo.

CAR. Caballero...

FRAN. Se lo suplico a usted. (*Ofreciéndole la silla volante que está al lado de la chimenea y que coloca junto al guante que se le ha caído a Carolina. En seguida coge otra silla volante de la izquierda, y la acerca a la anterior. Carolina está en pie casi sobre el guante. Don Francisco lo ve y se inclina para cogerlo. Al movimiento de don Francisco, Carolina da un grito y retrocede muy asustada.*)

CAR. ¡Ay!

FRAN. ¡Es el guante, señora! Se le ha caído este guante. (*Se lo da*.)

CAR. ¡Ah! ¡Ya, muchísimas gracias! Usted perdone, pero yo...

FRAN. Siéntese usted, señora.

CAR. Ya estoy sentada. Hable usted.

FRAN. Gracias, señora. (*Se sienta cerca de Carolina. Esta hace ademán de levantarse, pero don Francisco la detiene con mucha finura.*) Tranquilícese usted... yo soy...

CAR. Sí, ya lo sé, una persona decente, muy decente.

FRAN. Muchas gracias. Usted me hace justicia.

(Es muy simpática esta señora.) Celebro mucho conocer a usted personalmente.

CAR. ¿Personalmente?

FRAN. Sólo la conocía por el retrato. (*Indicando el de la chimenea.*)

CAR. ¡Ah! ¡Ya!

FRAN. ¿Y Pepe? ¿Cómo sigue Pepe?

CAR. ¿Eh?

FRAN. Su esposo de usted.

CAR. ¿Mi esposo? (Me cree casada. Mejor.) Está bueno, gracias.

FRAN. Lo celebro tanto.

CAR. Vendrá en seguida.

FRAN. Me alegro.

CAR. (¡Nada! ¡Ni por esas!)

FRAN. Señora: (*Levantándose.*) ya que no tengo quien la haga, haré yo mismo mi presentación. (*Saca la cartera.*) Ahí tiene usted mi tarjeta. (*Se la da.*)

CAR. (*Leyendo.*) «Ambrosio Menéndez, canónigo de la catedral de Manila.»

FRAN. ¡Ah! Usted perdone. Esa es la de un compañero de pasaje. Aquí tiene usted la mía. Sí; esta es. (*Se la da.*)

CAR. (*Lee.*) «Francisco Esteban.»

FRAN. Servidor de usted (*Sentándose.*)

CAR. «Almacenista de maderas en Ilo-Ilo.»

FRAN. Ex-almacenista. Ya me he retirado de los negocios.

CAR. Francisco Esteban... Francisco Esteban... Yo he oído hablar mucho del guapo Francisco Esteban. ¿No será usted?

FRAN. ¿Guapo yo? No, señora, yo soy regular, nada más que regular.

CAR. (¡Pobre señor! ¡Parece una buena persona!)

FRAN. Usted, seguramente, se estará diciendo: «pero a mí, ¿qué me importará lo que me va a contar este caballero?»

CAR. La verdad es que a mí...

FRAN. Sin embargo, señora, usted debe saberlo, y lo sabrá.

CAR. Advierto a usted que no tengo ningún interés.

FRAN. Mejor; así lo sabrá usted desinteresadamente y comprenderá lo desgraciado que soy.

CAR. ¡Ah! ¿Es usted desgraciado?

FRAN. Mucho, señora. Oiga usted la historia de mi vida.

CAR. (¡Dios mío de mi alma! ¡Y me la va a contar!)

FRAN. Si a usted le parece, no la tomaré de muy lejos.

CAR. No; tómela usted de lo más cerca posible.

FRAN. Yo pasé gran parte de mi juventud en Filipinas.

CAR. Algo lejos está eso; pero en fin...

FRAN. Podría hablarle de mi niñez, pasada tranquilamente en Calahorra, el país de las latas de pimientos...

CAR. No; déjese usted de latas, y volvamos a Filipinas.

FRAN. Pues, bien; mi hermano y yo nos establecimos en Ilo-Ilo, y allí nos dedicábamos a la exportación del monconó, del molave, del ipil, del yacal, del banabá, del guijo y del baticulín.

CAR. ¿Y qué es todo eso?

FRAN. Son maderas de construcción; nuestra especialidad. El negocio marchaba perfectamente, y hace ocho años salí del archipiélago y regresé a la Península. No dirá usted que no soy breve. He saltado veinticinco años y muchos miles de leguas.

CAR. Así, así; salte usted, salte usted.

FRAN. Me establecí en Madrid; y aquí vivía holgadamente con el dinero que mi hermano me remitía desde allá, cuando una noche... ¡noche aciaga!... me enamoré perdidamente de Tula.

CAR. ¿De quién?

FRAN. De Tula; de la tiple que habitaba este cuarto.

CAR. ¡Ah... vamos! ¡Gracías a Dios! Ahora me lo explico.

FRAN. ¿Usted ya habrá conocido a Tula?

CAR. No, señor. La compra de estos muebles y el alquiler del cuarto, los hice por segunda mano; pero ya me han dicho que es preciosa.

FRAN. Preciosa. No la han engañado a usted. Yo la conocí en *El fondo del mar*.

CAR. ¿Dónde?

FRAN. En una zarzuela de espectáculo.

CAR. ¡Ah!

FRAN. ¡Estaba divina! El traje de pez le sentaba admirablemente.

CAR. Lo creo.

FRAN. Veinte noches estuve mirándola desde la primera fila de butacas, y veinte noches me dedicó platónicamente la romanza aquella del segundo acto... (*Música a gusto del actor.*)

«La perla en la concha,
las algas marinas...»

¡La cantaba como un ángel! Por fin, a la veintiuna representación, al arrancarse para la fermata final, (*Hace la fermata.*) me dirigió una mirada significativa, como diciendo: «atrévase usted!»

CAR. ¡Se necesita atrevimiento!

FRAN. Pues yo me atreví. Y al día siguiente, vine a esta casa; subí, llamé a la puerta y... (*Levantándose.*)

CAR ¿A dónde va usted?

FRAN. A ponerlo en escena. Así lo comprenderá usted mejor.

CAR. (¡Qué tipo tan original!)

FRAN. Ella estaba sentada aquí. (*Al lado del velador.*) ¿Tiene usted la bondad, señora?

CAR, ¿De qué?

FRAN. De sentarse aquí.

CAR. ¿Para qué?

FRAN. Para dar más verdad a la escena.

CAR. ¡Pero, caballero!

FRAN. Se lo ruego a usted.

CAR. Bueno, hombre, bueno. (¡Qué paciencia necesito!) (*Pasa a sentarse al lado del velador.*)

FRAN. Muchas gracias (1). Pues, bien. Ella estaba sentada aquí, pero en una silla de Vitoria. Yo, después de anunciarme, (*Va al foro.*) llegué hasta el dintel de esta puerta, y dije con timidez: «¿se puede?»—«Pase usted caballero»—me contestó con dulzura,—«pase usted.» Y yo pasé... pasé las de Caín, porque no me había visto nunca tan emocionado. Por fin, me hizo sentar aquí, junto a ella, (*Coge una silla volante y se sienta a*

---

(1) Don Francisco, Carolina.

la derecha de la Carolina.) en otra silla de Vitoria. Entonces no tenía más que sillas de Vitoria. Todos estos muebles se los compré yo luego. Yo no sabía que decirla; ella me miraba sonriendo, así, como me mira usted ahora; y abandonándome una mano... Abandónemela usted...

CAR. ¡Señor Esteban!

FRAN. Es verdad. Usted dispense. ¡Ah! ¡Qué entrevista aquella! Dos horas estuvimos hablando de nuestro amor y de nuestra felicidad y luego comimos aquí juntos; y luego la acompañé al teatro; y luego...

CAR. Salte usted, salte usted.

FRAN. Saltaré, sí, señora. Siete meses pasé en esta casa, que ya no me pertenece, cuando un día recibí un telegrama urgente de mi hermano para que regresara inmediatamente a Filipinas. ¡Qué despedida la nuestra! ¡Cómo lloraba la pobrecilla! —«Vas a olvidarme»— me dijo echándome los brazos al cuello. —«Eso nunca»—le contesté yo con entereza. —Pues déjame una prenda de tu amor.» —«Todas las que quieras.» Y sacando unas tijeritas de aquel costurero me cortó, sollozando, un mechón de pelo que yo llevaba sobre la oreja izquierda. —«¿Dónde podría guardar esto?»—me preguntó mirando con insistencia a mi chaleco. —«Aquí» –la respondí; y me quité, de la leontina, un magnífico medallón de brillantes que yo usaba como dije.

CAR. ¿Y ella le tomó el medallón?

FRAN. Sí, señora; ¡y el pelo! De eso me he convencido, aunque tarde. Entonces creía en su amor, pero alarmado con el telegrama de mi hermano, salí inmediatamente para Barcelona y allí tomé el vapor para Filipinas y... hala, hala... llegué a Ilo-Ilo.

CAR. ¡Hola, hola!

FRAN. Nuestro negocio estaba paralizado. Mi her. mano se había metido en un pleito con los frailes...

CAR. Lo perderían ustedes.

FRAN. No, señora; lo ganamos! Ya ve usted si tendrí mos razón. Seis años duraron las trami_

taciones; pero, al fin, realicé mi fortuna, recogí mis ochenta mil duros y...

CAR. (¡Ochenta mil duros!) ¡Pero deje usted el sombrero! Usted perdone. No había reparado. ¡Soy lo más distraída! (*Va a la derecha y deja el sombrero sobre el* bureau.) (¡Ochenta mil duros!) (*Arreglándose al espejo.*) (1).

FRAN. (*Levantándose.*) Soy muy desgraciado, señora. Llego hace dos días a España creyendo encontrar aquí a la que amaba y decidido a poner a sus pies toda mi fortuna...

CAR. (¡Qué lástima!)

FRAN. Cuando me entero de que la ingrata se ha burlado de mi de una manera indigna.

CAR. Pues no debe usted disgustarse, sino todo lo contrario.

FRAN. ¡Ah, señora! Es usted muy amable. ¿Verdad que yo no me merecía ese p go?

CAR. Ni a esa mujer.

FRAN Gracias, señora; pero yo la amaba. Aquí mismo se lo juré una vez: «El día que yo sepa que me engañas»—la dije—, me levanto la tapa de los sesos.» Y estoy decidido...

CAR. ¡Hombre, por Dios!...

FRAN. Estoy decidido a no hacer nunca juramentos de esta clase. Acabo de saber que me engañaba y, sin embargo, no tengo valor para suicidarme.

CAR. Como que sería una locura. Usted puede hacer feliz a una mujer. Es usted joven todavía. (*Con mueha coquetería.*)

FRAN. Cuarenta y siete años.

CAR. Yo le echaba a usted cincuenta.

FRAN. Veinte años en Filipinas envejecen a cualquiera.

CAR. Pues parece que está usted muy sano.

FRAN. Eso creo yo. Los médicos, sin embargo, se empeñan en que tengo no sé qué cosas en el hígado.

CAR. Pues póngase usted en cura.

FRAN. ¿Para qué? Si me encuentro perfectamente Y además, como dicen que lo que es bueno par el hígado es malo para el bazo...

CAR. (*Riéndose.*) Es verdad; tiene usted razón.

(1) Carolina, don Francisco.

FRAN. Adios, señora. (*De pronto.*)
CAR. ¡Cómo! ¿Se marcha usted tan pronto?
FRAN. Ya he abusado bastante
CAR. De ninguna manera. (¡Ochenta mil duros!...)
FRAN. (*Que ha ido a la maleta.*) Va usted a permitirme este obsequio. *(Sacando un gran paquete que ocupa casi uno de los departamentos de la maleta.)*
CAR. No: eso no... de ningún modo. (¡Qué será!)
FRAN. Yo la ruego a usted que lo acepte. (*Entregándoselo.*)
CAR. Pero, ¿qué es esto?
FRAN. Cuatro docenas de abanicos japoneses...
CAR. ¿Y qué voy a hacer yo con tanto abanico?
FRAN. Pues... abanicarse. Son legítimos. Guárdelos usted como un recuerdo.
CAR. Muchísimas gracias. (*Va al foro y deja el paquete sobre la butaca.*)
FRAN. Con su permiso. (*Cogiendo el sombrero que estará sobre el bureau.*) Voy aquí cerca a hacer una visita que me encargó un amigo de Madrid (1). Ese también piensa como usted.
CAR. ¿Qué?
FRAN. Que puedo hacer feliz a cualquiera mujer.
CAR. ¿Y qué duda tiene? A lo mejor se encuentra usted con una muchacha que le guste y se casa usted a escape.
FRAN. ¡Ah, señora! Esas bodas así, tan de repente, no ocurren más que en el teatro, en esas comedias de dos personajes: un galán y una dama que se encuentran casualmente en una fonda, en una casa de baños, o en una estación de ferrocarril. El es un abogado o un artista; ella es una viuda joven y guapa. Hablan durante media hora de esto, de lo otro y de lo más allá; pero, al fin, él se declara, ella dice que sí, y se casan y cae el telón. En la vida real no pasa eso, señora. En el mundo abundan los artistas y los abogados; pero escasean mucho las viudas jóvenes.
CAR. ¡Cómo! ¿Cree usted?...
FRAN. Sí, señora; escasean por lo mismo que son el ideal. La joven soltera que se casa, va al

(1) Francisco, Carolina.

matrimonio a ciegas, y puede quizás arrepentirse de su enlace; pero la viuda que reincide... ¡Ah, señora! Esa ya sabe a dónde va, y al casarse por segunda vez, demuestra que conoce a fondo las dulzuras de la vida de casada. Ahí tiene usted por qué son tan solicitadas las viudas jóvenes.

CAR. ¿Y los viudos?

FRAN. Esos abundan bastante; pero reinciden rara vez. Y sobre todo, señora, que el viudo que se casa no lo hace más que para vengarse en la segunda de todo lo que le haya hecho sufrir la primera. Créame usted, señora, no se case usted nunca con un viudo. Sería una lástima.

CAR. ¡Pero, caballero, olvida usted que yo... soy casada!

FRAN. ¡Ah, Sí; es verdad. (*Echando una mirada a los retratos de la chimenea.*) Me complacía en olvidarlo. Adiós, señora. He tenido muchísimo gusto... (*Pasa a la izquierda a coger su equipaje.*)

CAR. Digo lo mismo. (1). Esta casa es de usted.

FRAN. ¡Lo ha sido, señora, lo ha sido! Lo dicho, es muy simpática. (*Ccge distraidamente el musiquero y la manta.*) A los pies de usted.

CAR. (*Riéndose.*) ¿Pero se lleva usted el musiquero?

FRAN. ¡Ay! Usted perdone. ¡Si no sé cómo tengo la cabezo! (*Deja el musiquero y coge la maleta.*) ¡Adiós, señora!

CAR. Beso a usted la mano. (*Al dirigirse don Francisco al foro, aperece Bernardo con una gran bandeja con dos almuerzos.*

ESCENA X

DICHOS y BERNARDO

BERN. ¡Don Paco! (*Muy contento.*) Aquí tiene usted los almuerzos. (*Sin ver a Carolina.*)

FRAN Gracias (2). Puedes devolverlos. Adiós señora.

(1) Carolina, don Francisco.

(2) Carolina, Bernardo, don Francisco.

BERN. (¿Eh? ¡Dios mío! ¡La señorita Carolina!)

CAR. Adiós, señor Esteban... (*Vase don Francisco.*) Vaya usted con Dios. (*Le acompaña hasta el foro.*)

BERN. ¿Cómo?... ¿Se conocían ustedes?

CAR. Le he conocido ahora. Parece muy buena persona.

BERN. Y lo es; ya lo creo. Muy rico y muy decente y muy llanote. Como que me había convidado a almorzar con él.

CAR. Puede usted dejar ahí ese servicio. Tendré que esperar al tren de la tarde, y como la muchacha no está en casa... ¿Supongo que no estará pagado?

BERN. No, señora.

CAR. Lo aprovecharé yo. (*Va al foro.*)

BERN. Advierto a usted que me había mandado traer dos cubiertos.

CAR. Bueno, hombre, bueno; tendrá usted el suyo.

BERN. Muchísimas gracias. (Ya creí que me quedaba sin mi ración de riñones.) (*Pone la bandeja encima del velador.*)

CAR. (La verdad es que ese hombre me ha impresionado un poco. No sé si ha sido por lo de los ochenta mil duros... No; no es eso. Su figura no es para enamorar a nadie; pero es un caballero tan sinpático y tan fino y tan... Creo que he hecho mal en fingirme casada. ¡Sí, señor! ¡Ha sido una tontería! Porque quizás él... Pero, en fin, ¡qué le vamos a hacer! La cosa ya no tiene remedio. (*Se sienta a la derecha.*)

ESCENA XI

CAROLINA, BERNARDO y JUANA

JUANA ¡Señorita!... ¿Usted aquí?

CAR. Sí, hija, sí. Han variado la hora de los trenes. (1)

JUANA Ya lo sé. Si vengo de la estación de buscarla a usted, por orden de su tío.

CAR. ¿De qué tío?

---

(1) Carolina, Juana, Bernardo.

JUANA ¡Toma! ¿Pues no le ha visto usted?

CAR. Pero, ¿a quién?

JUANA A su tío, el de Filipinas. Si estaba aquí hace un momento. (*Bernardo suelta la carcajada.*)

CAR. ¡Ay, hija! Estas equivocada. Ese caballero no es mi tío.

JUANA Pues, señorita, yo lo hubiera jurado. (*Campanilla.*)

BERN. Llaman. Puede que sea el camarero. (*Vase por el foro.*

CAR. Ese señor a quien venía buscando era a otra.

JUANA Pues podía haberlo dicho. Como no preguntó nada más que por la señorita, y aquí no hay más señorita que usted...

ESCENA ULTIMA

DICHAS, DON FRANCISCO y detrás BERNARDO

FRAN. (*Desde la puerta.*) ¿Se puede?

CAR. (¡El! ¡Calla!) Pase usted adelante. (*Levantándose.*)

FRAN. (*Leyendo el sobre de una carta.*) «La señora doña Carolina Aguirre.»

CAR. Servidora de usted.

FRAN. ¡Cómo! ¿Es posible? (*Soltando la manta y la maleta, que cae sobre los pies de Bernardo.*)

BERN. ¡Ay!

FRAN. (*Bajando.*) ¿Con que es usted la viuda de Pega?

CAR. La misma.

FRAN. ¿Luego no es usted casada?

CAR. Naturalmente.

FRAN. ¡Oh, felicidad! Pues si es para usted para quien traigo la visita de Manila.

CAR. ¿Es de veras? (1)

FRAN. Aquí tiene usted esta carta. Vengo de ahí cerca, de la calle del Olivar, número cincuenta y siete.

CAR. Allí vivía hace un mes.

---

(1) Carolina, Don Francisco, Bernardo, Juana.

FRAN. ¡Qué feliz casualidad!

CAR. (*Abriendo la carta.*) De mi tío Manuel.

FRAN. Justo, de su tío.

JUANA (*A Bernardo.*) (Ya pareció el tío.)

BERN. (Lo que no va a parecer es el almuerzo.)

CAR. ¡Cuánto celebro!... Pero siéntese usted.

FRAN. Muchas gracias. (*Mira la silla volante de la izquierda, y va de espaldas a sentarse en ella. Bernardo, al oír la indicación de Carolina, acerca más la silla, volviéndose en seguida a hablar con Juana. Don Francisco, que cree que la silla está donde antes, va a sentarse y se cae al suelo. Hágase esto con la mayor naturalidad posible, para que la caída resulte justificada.*)

CAR. ¡Jesús!

BERN.
JUANA ¡Ay!

FRAN. ¡No!... ¡No es nada! (*Bernardo y Juana le ayudan a levantarse.*)

CAR. ¿Se ha hecho usted daño?

FRAN. No, no, señora. El susto nada más. (*Se sienta en la silla.*)

CAR. ¡Cuánto lo siento!

FRAN. Lea usted, lea usted.

CAR. (*Leyendo.*) «El dador de ésta, mi excelente amigo don Francisco Esteban, te entregará un recuerdo de mi parte.»

FRAN. (*Levantándose y acercándose a Carolina.*) Dos mil pesetas. (*Dándoselas. Vuelve a sentarse, pero antes tiene la precaución de mirar si la silla continúa en su sitio.*)

CAR. ¡Tío de mi alma! «El señor Esteban es una persona...»

FRAN. Ruego a usted que lea para sí. (*Levantándose, teniendo sujeto el respaldo de la silla con la mano izquierda.*) La carta venía abierta, y yo cometí la indiscreción de enterarme, y, naturalmente, los elogios de su tío pueden herir mi modestia. (*Vuelve a sentarse. Mientras Carolina lee, don Francisco habla aparte con Bernardo y Juana.*)

CAR. Como usted guste. «El señor Esteban es una persona que merece todo mi cariño, y, por su posición y excelentes cualidades morales, puede hacer feliz a cualquier mujer. No te digo más.» (Y dice bastante.) «Espero tu

contestación.» ¡Señor Esteban! *(Don Francisco sigue hablando con Bernardo y Juana.)* ¡Señor Esteban! (*Bernardo le llama la atención.*)

FRAN. ¡Ah, señora! (*Levantándose.*)

CAR. Yo lamento muchísimo...

FRAN. Lo comprendo, sí, señora, no diga usted más. Me retiro ahora mismo. (*Medio mutis.*)

CAR. No es eso, por Dios... Escúcheme usted. Digo que lamento muchísimo que antes me haya usted hablado de su fortuna, porque en la contestación que yo dé a mi tío, puedo parecer interesada.

FRAN. ¡Cómo!... ¿Luego usted?...

CAR. Yo soy viuda... y joven.

FRAN. El ideal, sí, señora; pero yo no soy artista ni abogado...

CAR. No importa. Merece usted el cariño del tío... y de la sobrina.

FRAN. ¿Es posible? ¡Tula de mi corazón! ¡Ay, usted perdone! Esa mujer me tenía trastornado; pero ahora prometo olvidarla para siempre.

CAR. De eso me encargo yo.

FRAN. Si el haberle yo hablado de mi dinero hiere en algo su natural delicadeza, eso no será un obstáculo para nuestra felicidad...

CAR. Comprenda usted que...

FRAN. Sí, señora; comprendo sus escrúpulos, pero todo se puede arreglar. ¿Yo le he dicho a usted antes que había realizado un capital de ochenta mil duros? ¡Bueno! Pues no lo crea usted!

CAR. Pero, ¡cómo! ¿No es cierto? *(Alarmada.)*

FRAN. Sí, señora; por fortuna lo es; pero le queda a usted el recurso de no creerlo.

CAR. (¡Ah!)

FRAN. De ese modo, su resolución será completamente desinteresada.

CAR. Eso deseo. (Qué susto me había dado!)

FRAN. ¡Crea usted que en este momento me considero el hombre más feliz de la tierra!

CAR. Y decía usted que estas cosas no pasan más que en las comedias?

FRAN. ¿Qué quiere usted? Hasta ahora estuve *chi-*

flado. En adelante voy a volverme loco de alegría.

CAR. Juana, llévate eso al comedor. (*Vase Juana con el almuerzo por la primera izquierda. Bernardo la sigue con la vista.*) Supongo que me acompañará usted.

FRAN. Con muchísimo gusto.

BERN. (¡Estaba de Dios que hoy había yo de quedarme sin riñones!)

FRAN. ¡Ay, señora de mi alma! ¡Ay, Bernardo de mi corazón! ¡Anímate, hombre, anímate! No pienses tanto en tu Lorenza.

BERN. Crea usted que en este momento no me acordaba más que de los riñonss salteados. (*Vase muy triste por el foro.*)

CAR. ¿Vamos? (*Ofreciendo el brazo a don Francisco.*)

FRAN. A sus órdenes.
(*Al público.*)

Olvidado el otro amor
les presento mi futura.
Dirá algún espectador
que esta es una *chifladura*
de las de marca mayor.
Pero, pase lo que pase,
no es extraño que me case
con mujer tan hechicera.
¡*Chifladuras* de esta clase
las puede tener cualquiera!

TELON

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

Basta de matemáticas! juguete cómico en un acto y en prosa, original.
El pariente de todos, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)
Desde el balcón, juguete cómico en un acto y en verso, original.
La viuda del zurrador (1), parodia en un acto y en verso.
El autor del crimen, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)
Aprobados y suspensos, pasillo cómico en un acto y en verso, original. (Séptima edición.)
Horas de consulta, sainete en un acto y en verso, original.
Noticia fresca (2), juguete cómico en un acto y en verso. (Sexta edión.)
Tras del pavo (3), apropósito en dos actos y en prosa, original.
Paciencia y barajar, comedia en un acto y en prosa.
Palvo y compañía, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)
Pérez y Quiñones, comedia en un acto y en prosa, original.
Con la música a otra parte, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Cuarta edición.)
Turrón ministerial, apropósito en un acto y en prosa, original.
Llovido del cielo, comedia en dos actos y en verso, original. (Cuarta edición.)
Periquito (1), zarzuela cómica en tres actos, en prosa y en verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.
La ocasión la pintan calva (1), comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Tercera edición.)
¡Adiós, Madrid! (1), boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.
De tiros largos (1), juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Sexta edición.)
El medallón de topacios (2), drama cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)
La primera cura (1), comedia en tres actos y en verso, original.
La primera cura (1), refundida en dos actos.
La calandria (1), juguete cómico lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve (1), novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.
Prestón y compañía (4), sainete en un acto y en verso, original.
Parientes lejanos, comedia en dos actos y en verso, original.
Carta canta, juguete cómico en un acto y en verso. (Segunda edición.)
Robo en despoblado (1), comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)
Las codornices, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Sexta edición.)
De todo un poco (5), revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.
Juego de prendas, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)
Tiquis miquis, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)
¡Un año más! (5), revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.
¡Adiós, Madrid! (1), ref ndida en dos actos.
Pensión de demoiselles (5), humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.
San Sebastián, mártir, comedia en tres actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)
Parada y fonda, juguete cómico en un acto y en prosa, original (Octava edición.)
Boda y bautizo (5), sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.
El viaje a Suiza (5), vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.
Perecito, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)
La almoneda del 3.° (1), comedia en dos actos, original en prosa.
Coro de señoras (1), pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)
Los tocayos, juguete cómico en un un acto y en prosa, original. (Segunda edición)
El padrón municipal (1), juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)
Los lobos marinos, (1) zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edisión.)
El sombrero de copa, comedia en tres actos y en prosa, original, (Sexta edición.)
El señor gobernador (1), comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)
El sueño dorado, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)
Su excelencia, comedia en un acto y en prosa, original.
El señor cura, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)
El rey que rabió (1), zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapi. (Octava edición.)

El oso muerto (1), comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Villa-Tula (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, eserita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reifingen.*

Zaragüeta (1), comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Chifladuras, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento ds una obra francesa. (Segunda edición.)

OBRAS NO DRAMATICAS

Todo en broma, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intsrmedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Segunda edición aumentada.)

---

(1) En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
(2) Idem íd. José Estremera.
(3) Idem íd. José Campo-Arana.
(4) Idem íd. Eusebio Blasco.
(5) Idem íd. Miguel Echegaray.

EJEMPLARES RESERVADOS ÚNICAMENTE

Precio: 2 pesetas